

¿Qué hacer?

Cuando Bauman alegó que la urgencia no es de la respuesta sino que es la de insistir con la pregunta, nos permitió, en ese gesto argumentativo y político a la vez, una clave de lectura de nuestra contemporaneidad. Como se dijo al comienzo, no es una pregunta fuera de tiempo, al contrario, es una pregunta que interroga nuestro tiempo, por eso su demora y por eso la necesidad de hacer posible la im-posibilidad de su respuesta.

Qué? hacer



En el capitalismo financiero, la desnormalización de lo común se expresa en una desnormalización por abajo.

El pasado y el porvenir de dos ilusiones

CARLOS BALZI

¿Habrà que declararse incompetente en todas las materias del mercado?
¿Habrà que declararse un inocente?
¿O habrà que ser abyecto y desalmado?

FITO PÁEZ, "AL LADO DEL CAMINO"

Siento que debo disculparme de entrada por algo que será evidente en las líneas que siguen: dado que no me siento capaz de conciliar de forma convincente el análisis de la coyuntura con la meditación filosófica o, sin tanta pretensión, con aquello en que consiste el trabajo académico, opto por la primera alternativa, confiando en que aquello que amo (que amamos) del trato con los grandes problemas y figuras de la tradición filosófica haya llegado a metabolizarse en mí (en nosotros) y, por tanto, se infiltre en la desmañada consideración de la actualidad que intentaré.

Pertenezco a una generación que transcurrió sus estudios de grado en la década del gobierno de Menem, un tiempo del que se han notado, con justicia, similitudes casi evidentes con el que nos toca vivir hoy. La dogmática neoliberal tiende, según parece, a la repetición neurótica. Pero, entretanto, "pasaron cosas", como supo afirmar el ingeniero Macri. Me animo a afirmar que uno de los rasgos que mejor contribuyen a describir lo que sucedió en la década de gobierno nacional y popular fue el haber fomentado una serie de ilusiones en la ciudadanía, de la cual –como con acierto se lee en la editorial del número 8 de esta revista– no está separada la comunidad académica ni, en particular, la filosófica. Quisiera seguir el itinerario de estas ilusiones para comprender la transformación que advierto tanto en la autopercepción que tenemos de nosotros mismos quienes participamos de la hermosa

aventura filosófica, como de las cambiantes condiciones objetivas en que se desarrolla nuestro trabajo.

En breve se habrá cumplido un siglo desde que Freud escribiera: “Una ilusión no es lo mismo que un error; tampoco es necesariamente un error”.¹ Si bien Freud hablaba de la religión, bien podemos servirnos sin culpa (sin *apenas* culpa) de sus palabras para intentar comprender la naturaleza de nuestra experiencia. La ilusión,

lo sabemos, tiene una semántica curiosa, pues refiere tanto a un engaño de la imaginación, de los sentidos o (y este “o” no es excluyente) de las pasiones, que producen representaciones, conceptos y sentimientos fantasmales, sin verdadera densidad ontológica, como a la esperanza por un estado de cosas presente o futura y a la complacencia hacia su actualización.² Entre una y otra acepción no hay verdaderamente contradicción, aunque la aparente. Podemos ser inducidos a considerar real lo meramente aparente, y sin embargo tomar de allí la energía que transforme el punto de partida y nos lleve a realizar aquello que anhelamos. Puede suceder también que el resultado no haya sido el previsto, pero esto no sólo no desmiente el potencial transformador de la ilusión, sino que incluso lo enriquece. Pues, en ese caso, deja de ser una mera herramienta, un mero medio, para abrirse a la potencia de la generación de acontecimientos.

¿Qué demandábamos estudiantes y docentes de la universidad del menemismo cuando marchábamos masivamente una y otra vez contra la política educativa del gobierno? Con matices

que por ahora podemos ignorar, una serie de medidas que son las mismas por las que hoy estamos en lucha: ampliación del presupuesto, rechazo de la mercantilización de la educación, apertura de

¹ Freud, Sigmund, *El porvenir de una ilusión*, en *Obras completas*, Vol. XXI, Buenos Aires, Amorrortu, 1992, p. 30.

² Las últimas líneas son una paráfrasis de las cuatro acepciones que el Diccionario de la Real Academia Española incorpora para el término “ilusión”.

las universidades a los sectores populares. Pero si tanto el modo de gestión del gobierno como las reivindicaciones que se le plantean son similares, es obvio cuestionarse si cambió algo entretanto, y en su caso, qué fue.

El recuerdo de las pasiones que dominaban nuestra militancia estudiantil, así como su marcada carencia de organicidad, pueden servir de punto de partida para dar cuenta de por qué sentimos que “nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”. Nos animaba un violento rechazo hacia la política gubernamental, algo que podría seguirse afirmando hoy, pero unido a un desprecio por la política sin más. No veíamos en ella más que la gestión de los intereses de una clase a la que no pertenecíamos, y éramos incapaces –nosotros, que éramos niños cuando la primavera alfonsinista– de concebir siquiera las potencialidades emancipatorias que yacían en las entrañas de la maquinaria estatal. Esa “apoliticidad virtuosa” (tal la creíamos), en tanto nos aislaba de los demás actores políticos con quienes hubiéramos, de haber generado lazos, podido articular acciones transformadoras, nos dejaba, en el plano subjetivo, desalentados, pesimistas, hasta volvernos casi misántropos. Pero, eso sí, orgullosos de ser distintos de todos los demás trabajadores, a quienes veíamos como alienados sin conciencia, dóciles sostenes de su propia miseria, artífices de su servidumbre voluntaria.³

Pasados los años, las décadas ya, no cuesta discernir en esa actitud un caso –para volver a abusar de sus palabras– de aquello que Freud supo llamar “el narcisismo de las pequeñas diferencias”.⁴ Pues si bien es real –como de nuevo acierta la editorial referida al afirmarlo– que el nuestro es un trabajo con particularidades muy específicas, irreductible así a los demás, por aquel entonces defendíamos enfáticamente las diferencias, mientras que hoy muchos hemos llegado a comprender que, aun cuando es innegablemente un trabajo distinto a los demás, es, ante todo, *trabajo*. Y nada menos que trabajo.

³ Si bien no podré responderlo aquí, quizás no sea superfluo recordar que esto sucedía en una ciudad en cuya historia había resplandecientes ejemplos de fraternidad entre obreros y estudiantes, y habría que indagar cuál fue el trabajo de zapa del olvido que nos impidió reconocer nuestra genealogía en aquellas luchas.

⁴ La frase fue acuñada por Freud en 1917 en *El tabú de la virginidad*, y retomada en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), así como en *El malestar en la cultura* (1929).

Qué? hacer



El recuerdo de las pasiones que dominaban nuestra militancia estudiantil, así como su marcada carencia de organicidad, pueden servir de punto de partida para dar cuenta de por qué sentimos que “nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”

Al no ser intención de estas páginas cantar las loas del gobierno nacional y popular, sino apuntar a comprender la naturaleza de su legado en este asunto concreto de la nueva subjetividad trabajadora del docente-investigador (y del *filósofo*, puntualmente), me siento obligado (¿moralmente? Tal vez) al intento de aislar, de una manera vagamente eidética, las acciones particulares con las que la política (nuestra antigua enemiga) supo configurarnos como lo que hoy somos. De la

iridiscente y abigarrada conjunción de decisiones y azares que componen todo fenómeno histórico, y en particular el proyecto que hegemonizó la primera década y media de nuestro milenio, destacaré dos, yendo quizás de lo concreto a lo simbólico, si es que tal itinerario tiene sentido. Pues hubo, desde el comienzo y casi sin interrupciones durante doce años, una reconfiguración de las prioridades presupuestarias que hizo que –contra todo pronóstico– se invirtiera una cantidad inédita de recursos en la educación en general, en las universidades y organismos de investigación en particular, que llegó incluso a las altivas humanidades y hasta a la otrora distante filosofía. Esta inesperada y feliz metamorfosis de las condiciones materiales de nuestro trabajo tuvo, es indudable, efectos mediata e inmediatamente positivos sobre nuestra “productividad”, de los cuales quizás sea el más recordado el regreso al país de una miríada de investigadores a quienes la proverbial y secular pobreza franciscana de las condiciones anteriores habían convencido de emigrar. Todo eso es reconocido, hasta indudable, pero es posible que no sea lo más relevante para el asunto que nos interesa.

Porque las delicias del contrafáctico me invitan a imaginar un escenario falaz, pero no imposible. Si sólo se hubiese tratado de asignaciones presupuestarias, podríamos habernos comportado como perfectos *free-riders* (me resigno al inglés para evitar el feísimo *gorrones* de las traducciones españolas), parásitos que aprovechan los beneficios sin contribuir en nada a su generación (no la etárea, aunque quizás tampoco). Es decir, haber aceptado

las mejoras sin gratitud y sin sentirnos afectados en nuestra condición de guardianes de la pureza antipolítica. Y si bien es indudable que hubo quienes así reaccionaron, no lo es menos, entiendo, que fuimos muchos más quienes nos sentimos obligados a revisar nuestra autopercepción en el sentido que referí antes.

Existen datos objetivos que testimonian en favor de esta descripción, entre los que debería incluirse el notable aumento en las afiliaciones a las distintas asociaciones gremiales universitarias y científicas, la intervención de académicos como analistas del presente en los medios de comunicación –en particular en la televisión–, así como esta sorprendente y bienvenida convocatoria por parte de una revista científica para pensar sobre nuestra crisis. Pero aun cuando puedan añadirse otros hechos para probar esta somera descripción, entiendo que las conversiones subjetivas, incluso las colectivas, se vuelven sensibles, si acaso, en formas más sutiles, difíciles –al menos para mí– de precisar, pero a las que puede llegar a intuirse en historias individuales. Por eso, como supo decir un gran austríaco, doy un paso al frente y hablo en nombre propio.

En realidad, cualquier potencial lector que siguiera con alguna atención estas palabras ya habría advertido, a estas alturas, que no de muchas otras cosas se habló hasta aquí. Así que intentaré asumirlo. Yo fui uno de esos estudiantes antipolíticos, prepotentes y orgullosos de los que vengo hablando. Y soy, hoy, delegado por la Escuela de Filosofía de la Universidad Nacional de Córdoba en la Asociación de Docentes e Investigadores de la Universidad de Córdoba, nuestro –*horresco referens*– gremio. Entre el punto de partida y el de esta llegada provisoria no se dio un recorrido lineal. Como a algunas compañeras y a algunos compañeros, me costó vencer la inercia de una subjetividad formada por el trabajo paciente de generaciones, en mi familia, y de siglos, en la filosofía, y desconfié por años de las buenas intenciones de un gobierno, el de Néstor Kirchner, que venía a implementar lo que siempre pensé y pedí, incluso mucho más. Sólo la histórica manifestación del egoísmo corporativo y sectario de los grandes productores agropecuarios me forzó a tomar partido y a comprender que, cuando era atacado, la defensa de lo público era un imperativo imposible de desoír. A partir de esta nueva convicción se fue sedimentando un terreno para una nueva práctica política y académica, que me llevó, a través de la conversación que se ha mantenido incesante con estudiantes y colegas, a la

Qué? hacer



Sólo la histórica manifestación del egoísmo corporativo y sectario de los grandes productores agropecuarios me forzó a tomar partido y a comprender que, cuando era atacado, la defensa de lo público era un imperativo imposible de desoír.

participación creciente en todas las manifestaciones públicas contra la política gubernamental hasta llegar a reconocer la necesidad de dar un paso al frente, otra vez, ofreciéndome y siendo elegido por mis compañeros como su representante en nuestro gremio. Todo esto no fue resultado de aquello que Max Weber llamaba una “vocación íntima por la política”,⁵ sino, por el contrario, de un sentido vagamente kantiano de la responsabilidad que me llevó a asumir,

sin ninguna inclinación, las obligaciones que me interpelaron. La pertinencia de presentar mi propio caso es dudosa, lo sé. Confío, con todo, en que muchas compañeras y no pocos compañeros verán reflejos de su propia historia en esa semblanza mínima.

Una ilusión no es un error, no necesariamente. Me disculpo otra vez con el Dr. Freud por abusar de la descontextualización de sus sabias palabras para concluir este texto. El tiempo, lo dije, ha logrado despertarnos a muchos de nosotros de que la verdadera ilusión equivocada fue la que vivimos antes de despertar a la conciencia de nuestra condición de trabajadores y trabajadoras. La otra, la que se encuentra en el origen de esa transformación, no es un error: aun cuando sus dones más superficiales –las renovadas condiciones materiales– hoy estén en retirada, su legado más secreto y valioso sigue vivo alentando nuestra aún nueva autopercepción como trabajadores, que es, si no estoy muy errado, el basamento de nuestras nuevas prácticas políticas organizadas en conjunto con el resto de las asociaciones gremiales, trabajadorxs

con trabajadorxs. Y así como hoy podemos ver cómo nos indujo a la pasividad nuestra pasada ilusión, la que hoy nos afecta se presenta, en cambio, como una promesa de un futuro distinto de este horrendo presente.

Qué? hacer



El tiempo, lo dije, ha logrado despertarnos a muchos de nosotros de que la verdadera ilusión equivocada fue la que vivimos antes de despertar a la conciencia de nuestra condición de trabajadores y trabajadoras.

⁵ Weber, Max, “La política como vocación”, en *El sabio y la política*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba-Encuentro, 2007, p. 145.

¿Aportar a la igualdad desde una meritocracia? Paradojas de la filosofía institucionalizada

LAURA GALAZZI

El último editorial de la revista *Ideas*¹ hace pie en la fuerza del llamado deleuziano: si la filosofía sirve para algo es para luchar contra la estupidez, sobre todo la propia. Así, todo pensamiento sobre la realidad reviste la necesidad de desarticular los *clichés* que nos constituyen y delimitan qué es pensar, qué es filosofar, qué significa participar activamente del mundo y de la realidad. El texto propone también que esta tarea no implica situarse en un falso “afuera”. Por el contrario, es *dentro* de la filosofía institucionalizada donde urge realizar el autoexamen filosófico al que estamos llamados desde el origen griego del filosofar. Encuentro esta afirmación fundamental, entre otros motivos, por uno histórico: la filosofía en la Argentina pudo dejar de ser un pasatiempo reservado a los salones aristocráticos y los colegios de elite cuando pasó a formar parte de lo público, institucionalizándose en la universidad. En nuestro contexto, es requisito indispensable para garantizar la posibilidad de una “filosofía sin condición” que exista una universidad pública, laica y gratuita que la incluya, un sistema educativo que la considere un saber socialmente válido y un sistema científico que la fomente.

Desde estos acuerdos básicos y fundamentales, hay un punto en el que me gustaría ahondar para poder proponer una discusión. En efecto, creo que es posible extraer ciertas conclusiones acerca del tipo de aporte y rol de la filosofía en el actual contexto a través del análisis del *tipo de institucionalización* con que se materializa la filosofía en la universidad, sobre todo en ciertas universidades tradicionales, prestigiosas, que marcan –de algún modo– el “pulso” de lo académico. Tomaré especialmente la institucionalización de la filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos

¹ AAVV, “Editorial” en *Ideas. Revista de Filosofía Moderna y Contemporánea*, Año 4, No 8, noviembre 2018-abril 2019, pp. 6-12.